

Queridos hermanos y hermanas de la diócesis católica de Estocolmo:

«Dichosos los que caminan según la ley del Señor» (cf. Sal 119,1).

Durante la Cuaresma la Iglesia quiere recordarnos nuestra dignidad y nuestra vocación a vivir una vida santa como «adultos en la fe» (1 Cor 2,6), como dice san Pablo. «Haznos, por tu gracia, dignos de que habites en nosotros» (oración colecta del día). Por nuestro bautismo somos ya verdaderamente templo del Espíritu, donde el Dios trino vive y actúa constantemente. Nuestra vida aquí en la tierra consiste en dejarnos transformar por esta gracia santificadora. Así podremos dar testimonio creíble de la verdad y la bondad de Dios en un mundo dividido, que tiene sed de verdad en lugar de tantas medias verdades y de tantos mensajes de odio que constantemente nos asedian y atormentan en nuestro tiempo.

Nuestra conversión personal a una vida de fidelidad cada vez mayor a Jesús y a su Evangelio significa más de lo que imaginamos para que las fuerzas del mal y de la oscuridad sean expulsadas. Una sola persona que se toma esto más en serio y sigue a Jesús con todo su corazón hace el mundo mejor para vivir y difunde esperanza y luz a muchos más de los que ella misma puede imaginar. «Proclamamos la sabiduría misteriosa de Dios, que estaba oculta y que desde el principio de los tiempos Dios destinó para llevarnos a la gloria» (1 Cor 2,7).

Dios quiere guiarnos con mano suave, pero firme, a través de esta vida pasajera hacia la gloria imperecedera y eterna que desea compartir con nosotros para siempre. Dios nos ama tanto que no quiere prescindir de nuestra compañía en su gloria eterna. Cuando esto realmente penetra en nosotros, todo cambia. El Dios todopoderoso es el único que puede tener una predilección totalmente personal por cada ser humano. A sus ojos todos somos únicos e insustituibles. Por eso ha ofrecido a su Hijo unigénito en la cruz para convencer a cada uno de nosotros de su amor.

Cuando esto realmente se nos hace claro, queremos a toda costa intentar mostrar nuestro amor a este Dios con todo lo que somos y hacemos, pensamos y decimos. Con cada aliento y cada latido del corazón podemos entregarnos a Dios y encontrar nuestra alegría y nuestra paz en pertenecerle. Es tarea del Espíritu Santo recordarnos todo esto y despertarnos a la vida cuando nos encerramos en nosotros mismos. Es tan fácil olvidar nuestra vocación a vivir en esta constante aspiración y seguimiento.

En medio de la vida ordinaria que todos llevamos, hay mucho que podemos hacer para corresponder al amor de Dios. Por los mandamientos de Dios, por las bienaventuranzas y por todo lo que Jesús nos ha enseñado, sabemos en qué dirección debemos caminar. El Espíritu nos ayuda a ver cómo actuar para realizar esto en la vida concreta que vivimos: «Y a nosotros Dios nos lo ha revelado por el Espíritu; pues el Espíritu lo sondea todo, incluso las profundidades de Dios» (1 Cor 2,10).

En el evangelio de hoy Jesús nos muestra que debemos realizar todo el potencial de los mandamientos de Dios, no hacer lo mínimo posible sino lo máximo posible. No se trata solo de no matar, sino de no airarse contra el prójimo. No solo de evitar el adulterio, sino de no mirar con deseo. No basta con no dar falso testimonio, sino que hay que evitar los juramentos y toda maledicencia. Como cristianos no somos minimalistas, sino llamados a custodiar y realizar el Evangelio en la mayor medida posible, sí, al máximo. En todos los ámbitos de la vida estamos llamados, siguiendo a Jesús, a hacer visible, audible y perceptible la verdad de Dios.

Es una tarea apasionante que Jesús ha confiado a cada católico de nuestra diócesis. Todos hemos recibido nuestro pequeño rincón de la realidad sueca donde podemos intentar hacer realidad la Buena Nueva. El Espíritu Santo puede ayudarnos a comprender clara y nítidamente qué podemos

hacer. «Si quieres, guardarás los mandamientos», dice el Sirácida (15,15). Si queremos, allí donde vivimos podemos cambiar el ambiente para mejor. Podemos mostrar que no toleramos la calumnia, las palabras racistas y llenas de odio, ni las blasfemias. Podemos embellecer la vida de los ancianos y enfermos y procurar que no sean víctimas de negligencia o abusos. Podemos dedicar nuestro tiempo libre a apoyar a niños y jóvenes vulnerables en lugar de limitarnos a jugar al golf o al bingo. Podemos destinar más dinero a ayudar a madres solteras que a cosméticos o tabaco. Si realmente nos dejamos guiar por el suave soplo del Espíritu Santo, pueden suceder grandes cosas en nuestro pequeño mundo.

La Cuaresma es el tiempo de la santa imaginación. Podemos descubrir posibilidades insospechadas para fortalecer nuestra vida espiritual. Al mismo tiempo, podemos esforzarnos más por estar disponibles para nuestro prójimo en su necesidad y dificultad. Por eso es bueno comenzar cada día con una breve oración pidiendo la luz y la inspiración del Espíritu.

La Cuaresma es el tiempo de la libertad espiritual. Podemos ser liberados de la tiranía del egoísmo, del pesado yugo de la indiferencia globalizada. Como hijos amados del Padre podemos descubrir que estamos liberados de la tristeza del pecado. Una confesión arrepentida puede darnos algo que no se puede comprar con dinero.

La Cuaresma es tiempo de paz. Podemos reconciliarnos tanto con Dios como con nuestro prójimo, con nuestras propias limitaciones y debilidades. Aprendemos que la sencillez y la moderación dan más satisfacción y paz de la que jamás podemos imaginar.

La Cuaresma es el tiempo de la santa pobreza. Como Francisco, podemos encontrar mayor alegría celestial compartiendo y dando que acumulando bienes y haciendo carrera inmobiliaria.

Que Dios los bendiga a todos y los llene de alegre gratitud por haber sido elegidos para seguir a Jesús mediante una vida santa en su seguimiento. Que la Virgen María interceda por todos ustedes y por el mundo entero, pidiendo paz, reconciliación y justicia.

Estocolmo, fiesta de la Candelaria, 2.2.2026

+ Anders Arborelius, OCD